



© Juan Pablo Echeverri. *Back to Basics*, 2007

El hábito...

Paloma Pérez Sastre

*Cuando la mente no puede ser
hecha a la medida del cuerpo,
debe ser el cuerpo hecho
a la medida,
aproximadamente,
en todo caso, de la mente.*

Michael Dillon

Hace poco [n.º 45, mayo de 2013] se publicaron en *Universo Centro*, un periódico local, unas fotografías de estudio de 1912 en Medellín, en las que aparecía un hombre joven que de día se vestía de mujer para trabajar como empleada doméstica y robar el dinero que gastaba por la noche en los bares vestido de hombre. Tan convincente es Roberto Durán como Rosa Emilia Restrepo. Conociendo los prejuicios de la época, llama la atención el hecho de que Benjamín de la Calle no se hubiera limitado a retratar la alta sociedad, sino a poner tras su lente a toda ella; muestra de su interés por la crónica y su sensibilidad de artista.

El mes pasado [*El Tiempo*, 6 de mayo de 2013] la prensa informó de la captura en Barranquilla de Giovanni Rebolledo,

quien se había cambiado de sexo para escapar a sesenta años de condena por secuestro, tortura, hurto, fabricación y posesión de armas de fuego. Dos momentos que reflejan el paso del tiempo en Colombia, pues mientras al travesti de principios del siglo xx le bastaba cambiar de ropa, y robaba para beber, el contemporáneo cometió delitos graves y pasó por el quirófano para ponerse tetas y nalgas descomunales. Dos signos que dicen mucho.

En la actualidad, la experiencia, el arte y las investigaciones han dejado claro que cuerpo, género, ropajes y preferencias sexuales pueden ir cada uno por su lado y combinarse de maneras caprichosas e insospechadas. El travestismo masculino ha dejado de escandalizar y se ha vuelto cotidiano —lo que no quiere decir que quienes lo practican no se sigan sometiendo a la exclusión y la violencia—. Del femenino, menos vistoso, apenas se habla; al respecto, tengo en mente dos manifestaciones singulares.

4

La primera: las monjas de mi colegio. Casi todas tenían nombres de hombre. La temible hermana Javier, grande y gruesa, de voz fuerte y talante rudo de campesina, se encargaba de la disciplina y tenía más poder que la rectora. Temblé en su presencia hasta que, a fuerza de curiosidad, conocí la mujer delicada y sensible bajo el velo, y a partir de entonces llegar tarde dejó de preocuparme. La hermana Fernando administraba los buses —y, a veces, los manejaba—; una empresa inmensa, en la que con soltura hacía de patrona de los choferes y se entendía con talleres de mecánica y almacenes de repuestos, terreno exclusivo de varones en los años sesenta. La hermana Alberto era la ecónoma y así toda la jerarquía. No había nada de raro en eso, así eran las monjas. Se trataba, tal vez, al asumir otros nombres, de un mecanismo defensivo para ejercer el poder en un mundo que solo oye la voz del patriarca.

El segundo recuerdo tiene que ver con algo que hace poco me produjo una fuerte impresión: unas mujeres que se visten de hombres con intenciones y resultados muy ajenos a los de las provocadoras Marlene Dietrich y Liza Minnelli. Se trata de las *Burrnesh*, mujeres-hombre o vírgenes juradas de Albania; una institución tradicional consagrada en el *Kanun* o conjunto de leyes que rigen desde el siglo xv en el norte de Albania y Kosovo. Según esta ley —que el comunismo trató en vano de eliminar—, las mujeres pueden asumir el papel de hombre ante la carencia de un líder familiar por muerte y por no haber otro que lo reemplace. Ellas renuncian a su condición femenina y al ejercicio de la sexualidad, se cortan el pelo y visten ropa de señor —y en algunas ocasiones se cambian el nombre—; y a cambio, se les permite fumar, beber, usar armas, disponer de sus bienes, hacer trabajos rudos y, sobre todo, mandar. Ante un consejo de ancianos, juran ser vírgenes toda su vida para convertirse en hombres. Entonces, no se trata de mujeres disfrazadas de hombre, ni de mujeres que parecen hombres y se comportan como hombres, sino —gracias a la magia del símbolo— de hombres; todos en la familia y en la comunidad las tratan como tales y acatan su autoridad. La calidad de la mimesis se puede ver en imágenes y videos de internet.

Llama la atención el hecho de que las vírgenes juradas actuales —todas ancianas, al parecer— se escondan y vivan como ermitañas y que la misma ley arcaica y feroz que las condena, condene a los jóvenes a vengar o a ser víctimas de venganzas derivadas de ofensas entre familias. Un drama que viven muchos albaneses del norte reclusos en sus casas y que ha sido difundido y denunciado por organizaciones pro derechos humanos.

No dudo de que en estas dos formas de camuflaje haya habido verdaderos deseos cumplidos de ser en el mundo, pero pienso también en



© Juan Pablo Echeverri. *boYOs*, 2009

aquellas mujeres que encontraron en el convento o en el “juramento” el único medio para escapar de un matrimonio forzado o de cualquier otra imposición cultural a las de su sexo, y veo en ello una manera triste de renunciar a la vida. ¿Qué pasa después de traspasado el límite? ¿Habrá realmente compensación en el ejercicio del poder? No se ve brillo en los ojos de las vírgenes de saco y pantalón, y es difícil adivinar felicidad en los castigos de la hermana Javier; sin embargo, estoy segura de que la hermana Fernando vivía plena en su inmenso garaje.

En fin, cada cual se las arregla para hacer de su capa un sayo.

Paloma Pérez Sastre es profesora de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros: *Antología de escritoras antioqueñas 1919-1951* y *Como la sombra o la música, cuentos y crónicas*. El texto aquí incluido fue publicado inicialmente en la *Revista Universidad de Antioquia* (Medellín, 313, julio-septiembre de 2013, pp. 9-10). Correo de contacto: palomaperez@une.net.co.